

«¿Que en Estados Unidos los hijos adolescentes, se independizan de sus padres, y viven fuera del hogar? Allá ellos; pero nosotros queremos que la familia siga siendo siempre una comunidad de cariño y afecto, que sólo la muerte puede destruir.

¿Que en Europa (*y aquí también*) los novios se acuestan antes del matrimonio? Nosotros reconocemos muchas veces que la voluntad ha sido débil pero mantenemos con absoluta nitidez el concepto de que eso es una profanación anticipada del matrimonio-sacramento.

¿Que en Inglaterra (*y ahora España*) se casan los homosexuales? Peor para ellos.

¿Que en Italia los católicos votaron por el divorcio? Para nosotros han votado la disolución de la familia italiana.

¿Que en Francia han liberado el aborto? Para nosotros han liberado el homicidio, el filicidio, el crimen.

¿Que en algunos países los matrimonios intercambian sus parejas? Para nosotros esas personas son unos puercos que no merecen el calificativo de personas y están por debajo de la sexualidad instintiva del animal.

¿Qué en Alemania y en Holanda identifican sexualidad con genitalidad? Para nosotros el sexo es una realidad sagrada que integra la personalidad y enriquece a la comunidad.

¿Que las Naciones Unidas favorecen campañas anti-natalistas? Para nosotros es un ataque al derecho sacrosanto de engendrar.

¿Que en Miami los abuelos están espléndidamente atendidos, pero lejos del hogar y de sus hijos? Nosotros queremos que el abuelo y la abuela sigan viviendo en casa, compartiendo nuestro techo, nuestro pan y nuestro cariño

Como católicos argentinos queremos defender nuestra personalidad nacional y religiosa, con nuestras virtudes y a pesar de nuestras falencias.

Nos sometemos a un solo Rey: CRISTO.

Admitimos un solo imperialismo: EL EVANGELIO.

Defendemos una reserva nacional y popular: LA FAMILIA.

Porque tenemos Fe y porque sabemos que la suerte de la patria va unida a la institución familiar, no queremos una familia desunida, corrompida, infecunda, laicizada. Porque hemos resuelto emprender una nueva evangelización del pueblo y desde el pueblo queremos una familia evangelizada y evangelizadora.

Ante los pies de María, que supo ser modelo de novia, de esposa y de madre, nos comprometemos a hacer de nuestras familias, comunidades de evangelización, santidad y amor.»

Extraído de ***Habla Monseñor Zazpe***, Ed Bonum.

Composición del R. P. Daniel Ramón Martín scj.



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Conocer, amar, vivir, anunciar a
Jesucristo con San Miguel Garicoits

Año IX 2005 - N° 7

Matrimonio, alianza de amor

EN EL CORAZON DE LA CREACIÓN.

EL AMOR DEL VARÓN Y LA MUJER

El amor del varón y la mujer fue querido por el propio Dios, quien formó el corazón humano. "Los creó varón y mujer" (Gn 1, 27). Juan Pablo II comenta: "*Creándola a su imagen y conservándola continuamente en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es, por lo tanto, la vocación fundamental e innata de todo ser humano*" (Familiaris consortio, 1 l). Este amor une al varón y la mujer en una estima y una ternura recíprocas; es el origen de la atracción que sienten el uno por el otro y que expresan con todo su ser afectivo y sexual. También es el amor de la pareja el que funda la paternidad y la maternidad de los esposos, y los une a los hijos que engendraron y a los cuales ayudan a crecer. "*En cuanto espíritu encarnado, es decir, alma que se expresa en el cuerpo informado por un espíritu inmortal, el hombre está llamado al amor en esta su totalidad unificada. El amor abarca también al cuerpo humano y el cuerpo se hace partícipe del amor espiritual*" (Familiaris consortio, 11).

Buena en sí misma porque salió de manos de Dios en la creación, esta relación del amor humano fue herida, como todas las realidades humanas, por el pecado original. Es vivida por seres frágiles, inclinados hacia el mal. También ella debe salvarse, es decir liberarse del mal, abrirse a una vida nueva.

Con Cristo, el amor humano va a conocer la renovación que él trae por su encarnación. El Hijo de Dios no salva al hombre fuera del horizonte del hombre. Haciéndose uno de nosotros, él se apodera de las realidades de nuestra existencia que son buenas en sí mismas, para liberarlas del mal y revestirlas de esta vida nueva que restaura en cada uno "la imagen y semejanza" divinas empañadas por el pecado.

Cristo salva al amor humano marcándolo con su Pascua, purificándolo y santificándolo por la vida nueva que él transfigura. Estamos lejos aquí de la opinión tan difundida según la cual el matrimonio religioso sería solo una especie de ornamento tradicional agregado, aplicado desde afuera.

El sacramento no agrega al matrimonio un elemento que le vendría de afuera y sería extraño o extrínseco a él. No es marginal ni paralelo a la unión que los esposos contrajeron. No existe, por un lado "la humanidad profana de la unión matrimonial" y, por otro, el carácter sagrado del "matrimonio religioso". La realidad misma del amor humano sellada en el matrimonio en lo sucesivo se vive "en el Señor" (1 Cor 7, 39). Con el bautismo se celebra otro nacimiento; con la eucaristía, otra comida. Pero el sacramento del matrimonio no celebra otro amor, sino el que se tienen el uno hacia el otro, este varón y esta mujer. Juan Pablo II lo recuerda: *"El sacramento del matrimonio tiene esta peculiaridad con respecto a los otros: ser el sacramento de una realidad que ya existe en la economía de la creación; ser el mismo pacto conyugal instituido por el Creador 'al principio'"* (*Familiaris consortio*, 68).

EL MATRIMONIO

SACRAMENTO DE LA ALIANZA

El amor humano se funda en el amor que Dios mismo nos tiene. Con el Nuevo Testamento se revela el cumplimiento de la promesa hecha a Israel. Pero a costa de una durísima prueba. El Hijo de Dios, que es el "sí" absoluto del Padre (2 Cor 1, 19), se hace solidario con esta humanidad que, debido a la ruptura social, vive bajo el régimen del "no" al Padre. Viene a nosotros en la condición humana, que es nuestra condición. Nace, comparte nuestra vida. Sufre, muere, resucita, nos comunica su vida nueva surgida del sepulcro. Cristo estrecha y universaliza la alianza entre Dios y los hombres, lo que se puede llamar la conyugalidad entre Dios y su pueblo. Porque "se entregó por nosotros" (Ef 5, 2), Cristo funda una alianza nueva con esta humanidad de la que hace su Iglesia. En un texto capital, san Pablo nos dice que la Iglesia es la esposa de Cristo que "la amó tanto y se entregó por ella" (Ef 5, 25). La alianza entre Dios y la humanidad está sellada en la Pascua de Cristo.

La eucaristía es el memorial de la alianza confiada a la Iglesia, para que los bautizados, comulgando con el cuerpo de Cristo, manifiesten que son solo uno con él y en él. En el marco del misterio pascual (notemos que esa palabra "*misterio*" es empleada por los Padres griegos para designar lo que en Occidente llamamos *sacramento*) se comprende en su plenitud el sacramento del matrimonio. Estamos aquí en el centro de nuestra reflexión. El sacramento del matrimonio participa del misterio que tiene la profundidad propia del amor

de Dios para nosotros, la profundidad de la alianza que Cristo estableció en su Pascua. El matrimonio cristiano, de este modo, es símbolo de la alianza de Dios con la humanidad. El auténtico amor conyugal es asumido por el amor divino", afirma el Concilio Vaticano II (*Gaudium et Spes*, 48).

La verdad del matrimonio cristiano se funda sobre el hecho de que significa y es imagen del misterio de Cristo y de la Iglesia y, a su vez, signo y cumplimiento de la alianza de Dios con los hombres. Como esta alianza es la de la continuidad, de la constancia y de la fidelidad, por esa razón, el matrimonio cristiano que la expresa solamente puede contraerse bajo el signo de la unidad, de la fidelidad y de la indisolubilidad. Son los caracteres esenciales del matrimonio afirmados a partir del relato del Génesis, 2, 24, retomados por el propio Jesús en el Evangelio de san Mateo (19, 5): *"El hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer; y los dos no serán sino una sola carne"*.



El matrimonio es un sacramento. Esto quiere decir que es un signo, y un signo eficaz, de una presencia real y fecunda del Cristo de la Pascua. Hay un realismo del sacramento del matrimonio, así como hay un realismo del bautismo, de la eucaristía, de todo sacramento. Es que la conyugalidad -como cualquier otra relación humana, hablando de los otros sacramentos- se asume en la encarnación misma del Hijo de Dios, en el movimiento de su Pascua. Los que viven "hasta el fin" Jn. 13, 2) este amor que Jesús despliega en su Pascua y que anima su amor conyugal, están realmente vivos con la nueva vida. En la vida de un hogar, Dios expresa cada día sus "nupcias eternas" con la humanidad. Como toda otra existencia de bautizado fiel a su vocación, la vida conyugal y parental, vivida en la gracia del sacramento del matrimonio, es en sí misma, en su profundidad, una vida pascual

No debemos dejar de señalar aquí la *vida consagrada*. A través del celibato, varones y mujeres ofrecen a Dios una entrega total, expresión de las últimas realidades, de los últimos "porqué" que dan sentido a la existencia. Testimonian lo absoluto de Cristo, en cuya presencia todo lo que podía llenar la vida (salud, poder, amor ..) pasa a un segundo plano. Las realidades que podrían tratar de usurpar el rostro de un absoluto -en virtud de su excelencia o de su vehemencia- ya no pueden pretenderlo más. El Absoluto está allí. Atestiguan su presencia quienes aceptan el celibato por el Reino.

Extraído del documento "*Los divorciados vueltos a casar en la comunidad cristiana*",
Comisión Familiar del Episcopado Francés.